



Charlie se rehúsa a responder mis mensajes. O tiene el teléfono en silencio. O se olvidó de cargar la batería. O sufrió un ataque de ira excepcional, tiró el teléfono en el retrete y lo rompió.



Cualquiera sea el caso, esta falta de comunicación entre nosotras decididamente no es normal.

Miro fijamente mi teléfono algunos segundos más, analizando el último mensaje que le envié. Es una pregunta simple:

Irás a la reunión de *Empoderar* la próxima semana?

Así que no entiendo por qué no responde. Sí o no. ¿Qué tan difícil es? Pero bueno, Charlie nunca se perdió una reunión de *Empoderar* así que probablemente puede ver más allá de mi desesperado intento de ser indiferente.

Gruño a la pantalla sin notificaciones, lanzo el teléfono sobre mi cama y abro la ventana. Siento en mi piel y en mi cabello una de las



primeras brisas de otoño que trae el aroma de las hojas quemándose y del cedro de las sillas mecedoras de nuestro porche delantero. Paso una pierna por el alféizar y curvo mi cuerpo para salir por la ventana hacia el techo plano del porche. A la distancia, el atardecer tiñe el cielo con los últimos dejes de color lavanda, que se transforma en un violeta oscuro. Aparecen las primeras estrellas, parpadeando, y me recuesto sobre las tejas ásperas, mis ojos ya están buscando a Géminis en la casi oscuridad. En realidad, no se puede ver la constelación en esta época del año, pero yo sé que los gemelos se esconden en algún lugar hacia el oeste.

—Están allí —dice Owen mientras atraviesa la ventana y se recuesta a mi lado. Señala hacia el este con su mano.

—Eres un mentiroso.

—¿Qué? Están justo allí.

—Eso es Cáncer... o algo.

—Conozco a mis gemelos, mujer.

Me río y me relajo por la familiaridad de la situación. Owen, con cabello despeinado y vestido con una camisa de franela y jeans al cuerpo, haciendo ostentación de sus conocimientos de astrología. Nos quedamos recostados en silencio un momento, los sonidos de la noche se incrementan en la oscuridad.

—Había una vez... —Owen susurra y sonrío. Esto también es familiar, todo su acto de bravucón se desmorona y se convierte en mi hermano gemelo contándome una historia bajo el cielo abovedado.

—... un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo —termino, completando el inicio de nuestra historia de la misma manera en que lo hago desde que éramos niños.



–Un día, los hermanos partieron en la búsqueda del amor verdadero –sigue Owen.

–Ay, por Dios, eres un sentimental.

–Cállate, mi gemelo hace lo que yo quiera.

–Está bien –fijo la mirada en un punto en el cielo cada vez más oscuro con la esperanza de ver una estrella fugaz–. Pero la hermana gemela no quiere saber nada con el amor verdadero, por lo tanto...

–¿Y yo soy el mentiroso?

–Ella decidió probar su fortuna en una galaxia cercana.

–Pero Andrómeda se cruzó en su camino y pensó: *al diablo con la fortuna, ¡quiero ese trasero!*

–Eres un ser humano vil.

–No soy un ser humano. Soy una *constelación*.

–La mitad de una constelación.

–La mejor mitad.

Gruño dramáticamente e intento darle un empujón en el hombro, pero Owen me esquiva, cierra su brazo alrededor de mi cuello y hace ruidos burlones en mi nuca.



–Hablando de otras mitades –dice cuando me libera–, ¿por qué Charlie no está pegada a tu persona en este momento? Espera, ¿la tienes en el bolsillo?

Se inclina hacia mí como si estuviera intentando ver en mi bolsillo literalmente, y lo alejo con la mano.

–Estos leggins no tienen bolsillos y tú sabes por qué no está aquí ahora mismo.

Hace una “o” con la boca.

–Cierto –me mira con los ojos entrecerrados y menea la cabeza–. No, lo lamento. No puedo imaginarme a una de ustedes sin la otra.



Mi sonrisa desaparece. Me siento erguida, envuelvo un mechón de cabello en mi dedo índice. Charlie siempre amó jugar con mi cabello y hacer pequeñas trenzas con las puntas. Es un hábito de muchos años, nació en primero del secundario cuando me senté delante de ella en Literatura Americana y mi cabello ondulado, que casi llegaba a mi cintura, cayó sobre el respaldo de mi silla. Ese año, estaba hecha un manojo de nervios por el inicio de clases, pero los largos dedos de Charlie zigzagueando sobre mi cabello me ayudaron a relajarme y a sentirme como yo misma otra vez. En este momento, mi mejor amiga que se convirtió en mi novia y luego en mi exnovia, ha levantado una pared de silencio entre nosotras y me siento como cualquier cosa menos como yo misma.

–Por eso mismo corté con ella ahora –digo–. Antes de que fuera muy tarde.

Owen simula toser y dice “mentirosa” en su puño, decido ignorar su provocación.

–Vamos a estar bien –aseguro–. Recuerdas hace dos años, la vez que la convencí de que podía cortarle el cabello.

–Mara, destruiste su cabello. Parecía un animal atropellado por un camión.

–Lo que ocasionó que un profesional se lo arreglara al día siguiente y así nació su adorado estilo actual. Así que, en realidad, debería haberme agradecido.

–Estoy bastante seguro de que no te habló por una semana.

–Y lo superamos. Solo estás probando mi punto.

Inclina su cabeza hacia mí.

–Esto es ligeramente distinto a un corte de cabello, Mar.

Trago el repentino nudo que siento en la garganta. Mis dedos ruegan por mi teléfono, mi mente ya está redactando otro mensaje, solo para saber



cómo está. Tal vez debería decirle que voy a ir a la fiesta en el lago con Owen y Alex. Seguro que al menos se dignaría a enviarme un emoji que llora de felicidad. En cambio, me obligo a quedarme quieta, literalmente presionando mi trasero contra el techo.

–Vamos a estar bien –repito. Porque vamos a estarlo. Tenemos que estar bien.

Ruedas crujiendo sobre gravilla llaman nuestra atención hacia la entrada del garaje y vemos al escarabajo Volkswagen amarillo brillante de Alexander Tan estacionar frente a la casa.

–Nunca voy a acostumbrarme a su auto –digo, me pongo de pie y sacudo la mugre del techo de mi vestido tipo túnica.

–Tiene suerte de no estar yendo de un lado a otro en una bicicleta de playa *Huffy*. Además, ama a esa cosa. Hasta pone florecitas en un jarrón cerca del volante.

–Solo cuando tú se las regalas. ¿Se están cortejando?



Owen finge estar en shock mientras su mejor amigo sale del auto. El cabello de Alex es tan oscuro que se pierde con el resto de la noche y casi desaparece. El resto de su cuerpo es muy, muy visible. Camisa a cuadros debajo de un sweater gris. Jeans oscuros al cuerpo y botas. Es la definición de elegancia al extremo.

–¿Estás lista para esto? –pregunta Owen, ya de pie y estirándose como un gato.

–Uh, sí –respondo inexpresiva–. Una noche evitando chicos con aliento a cerveza y erecciones eternas. No puedo esperar.

–Tal vez te dejen en paz si piensan que sigues con Charlie. No creo que la ruptura sea de público conocimiento aún.

Suelto una carcajada. Creer que no estoy soltera es lo último que podría evitar que me acosen algunos de los cretinos disfrazados de adolescentes



de nuestra escuela. Fue bastante malo cuando me declaré bisexual el año pasado. Pero ¿salir con una chica? Significaba escuchar todo el tiempo chistes sobre tríos, comentarios pasivo-agresivos y que me tildaran de prostituta cada vez que me aventuraba por un pasillo. Por suerte, el periódico mensual *Empoderar* tiene muchos lectores este año, por lo que puedo eviscerar a cada uno de esos idiotas con regularidad. Al menos en papel.

–¿Por qué están en el techo? –grita Alex, sus pulgares en los bolsillos de su jean y su cabeza inclinada hacia atrás para vernos.

–Pensamos en catapultarnos hasta el auto esta noche –respondo–. ¿Te parece bien?

–La sangre y yo no somos precisamente amigos.

–Cobarde –murmura Owen mientras dobla su cuerpo para volver a entrar por la ventana. Él y Alex tienen una de esas molestas amistades de amor/odio. Los tres nos conocemos desde primer año, cuando nos sentamos en la misma mesa en el aula del señor Froman y compartimos una caja de crayones y unas tijeras para niños. Constantemente se molestan y reprenden entre sí, pero no pueden pasar más de un par de horas sin enviarse un mensaje. Son como Charlie y yo... sin todos los besos.

Y sin la reciente incomodidad extrema. No nos olvidemos de eso.

–Mmm... ¿Quieres que te atrape o algo? –pregunta Alex, y me doy cuenta de que lo he estado mirando un minuto entero. Me acerco hacia el borde y agito un pie en el aire.

–Tal vez...

–Mara McHale, ni se te ocurra –Alex se abalanza en mi dirección y alza las manos, extiende sus largos dedos de violinista como si realmente pudiera evitar mi caída si llegara a saltar.

–No me digas qué hacer –replico, y sigo agitando mi pie sobre el borde.



–No seas estúpida –involuntariamente, lo miro con desprecio.

–No seas bruto.

–No seas tan... mala.

La tensión se va de mi cuerpo y no puedo evitar reírme. Alex nunca puede articular una respuesta ingeniosa. Es algo adorable.

–Por Dios, Mar, deja de antagonizar con todo el mundo –grita Owen, mientras sale por la puerta principal de la casa, debajo de mí. Le da una palmada a Alex en la espalda y me mira–. Vamos. Todos necesitamos un trago.

No sé si necesito un trago, pero definitivamente necesito algo. Entro en mi habitación y me obligo a dejar el teléfono sobre mi edredón azul.

Dos personas pueden jugar a ignorarse.

